

EL PAÍS DEL DIABLO

PERLA SUEZ

EL PAÍS DEL DIABLO



Consulte nuestra página web: www.edhasa.es
En ella encontrará el catálogo completo de Edhasa comentado.

Diseño de la sobrecubierta: Edhasa, basada en un diseño de Pepe Far

Imagen de la cubierta: AGN (Archivo General de la Nación)

Primera edición en España: marzo de 2017

© Perla Suez, 2015
© de la presente edición Edhasa, 2017

Avda. Diagonal, 519-521
08029 Barcelona
Tél. 93 494 97 20
España
E-mail: info@edhasa.es

Avda. Córdoba 744, 2º piso C
C1054AAT Capital Federal
Tél. (11) 50 327 069
Argentina
E-mail: info@edhasa.com.ar

Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del *Copyright*, bajo la sanción establecida en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, y la distribución de ejemplares de ella mediante alquiler o préstamo público.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra, o consulte la página www.conlicencia.com

ISBN: 978-84-350-1125-9

Impreso en Huertas

Depósito legal: B. 3459-2017

Impreso en España

A Roberto, Luciana, Laura y Martín

«No estén tristes, no crean que voy a morir,
les digo esto para que no se sientan tristes
y sepan que yo seré machi.»
Testimonio de una niña mapuche*

«No sean bárbaros, alambren.»
Domingo F. Sarmiento**

* *Testimonio de un cacique mapuche*, Lonco Pascual Coña, Biblioteca del Bicentenario, Santiago de Chile, Pehuén, 1984, p. 352.

** *Un desierto para la Nación, la escritura del vacío*, Fermín A. Rodríguez, Buenos Aires, Eterna Cadencia, 2010, p. 190.

Esta historia es una ficción
y no alude a ninguna realidad en particular.
Cualquier parecido con ésta es parte del azar.

Sufrimiento

Una vasta compañía de soldados ha sido lanzada al vacío. Hombres blancos e indios marchan, un ejército de pulgas adiestradas. Avanzan tan rápido que las ruedas de las carretas parecieran correr hacia atrás. Las mulas van cargadas de fusiles. Se internan en el país del diablo.

Es un día crucial y el desierto es testigo.

Un viaje iniciático

Es de madrugada, aún está oscuro. La machi camina cargando su cuerpo con pasos cortos entre los pastizales. Con la mano izquierda, sostiene alto el tambor ritual, el cultrúm, en el que está dibujado el universo, dividido en cuatro partes con los símbolos de la tierra y el cielo. Con la mano derecha, lo hace sonar.

Tiene un collar de placas redondas de plata que remata en el centro en un águila bicéfala, y una huincha alrededor de la cabeza para sujetar el pelo negro abundante, salpicado de algunas mechas blancas. Lleva un poncho de lana de varios colores sobre los hombros, atado con un alfiler a la altura del cuello.

Delante de ella, camina la india que será iniciada. Tiene catorce años. La espalda ancha de los araucanos, ojos alargados y profundos que parecen grabados con un cuchillo. Lleva en alto una antorcha para alumbrar el camino. Su pelo negro escapa desordenado a la huincha, como las crines de un caballo. Sin embargo, sus ojos son del color de la miel, y algunos rincones de su piel delatan la palidez que intentó

opacar con ayuda del sol. Viste una camisa de lana marrón claro, atada con una faja a la cintura, no tiene ningún adorno.

Detrás viene un grupo de hombres y mujeres de la tribu. Llevan antorchas y son dieciséis en total. Cantan, beben chicha. Algunos bailan dando giros y aplauden. Atraviesan el pastizal y se acercan a una loma. La tierra está húmeda.

Llegan a un valle donde hay un tótem hecho de madera de unos cuatro metros. Es el rehue. El lugar donde nacerá un hombre nuevo. Está cubierto de varios vegetales, el maqui, la quila y el manzano. En medio hay un leño tallado con siete peldaños. Los últimos dos son una cabeza humana y un sombrero. El primer peldaño representa la totalidad, el segundo la sabiduría, el tercero la tradición, el cuarto el trabajo, el quinto la justicia, el sexto la libertad y el séptimo, la cúspide, es la gente. Está orientado hacia el este, porque marca el movimiento del día, el nacimiento del sol y el paso de las estaciones. Es la representación del hombre de pie en un punto del planeta.

El grupo hace un círculo y clavan las antorchas en el suelo. Siguen cantando y bailando mientras las mujeres preparan un lecho con algunas mantas para que la india se acueste.

La machi vieja deja a un lado el tambor. Se acerca hasta su discípula, que ya se ha quitado la camisa y, sin dejar de cantar, saca unas bolsas pequeñas de un mo-

rral y las dispone alrededor de la joven india. También tiene unas vasijas donde vuelca un poco de chicha de su bolsa de cuero. Luego toma una piedra con filo y comienza a rasparle la piel. Las demás mujeres las rodean y el rumor de sus voces parece separarlas del resto de la noche. La mujer vieja raspa los brazos y las piernas a la india del modo en que lo hacían los antiguos, para que el neófito renazca con una nueva piel después de su muerte iniciática.

La machi saca unas semillas de un sobre de cuero y las muele en un mortero. Con el polvo arma su pipa y la enciende. La joven se sienta sobre el lecho. La anciana da de fumar a la india, cuatro, cinco pitadas. Su cuerpo se ablanda mientras entra en trance. La vieja apaga la pipa.

Después, la machi se sienta en el suelo a tocar su cultrúm y a cantar. Los demás forman un círculo alrededor del tótem y acompañan los cantos agitando cencerros.

La india se pone de pie y comienza a bailar siguiendo el ritmo del tambor. A medida que la música asciende, se deja llevar cada vez más y avanza hacia la escalera. Sube los peldaños uno a uno. Se ayuda con las manos y se para sobre la punta del rehue. Se estira cuan largo es su cuerpo, con los brazos y la mirada hacia el cielo simbolizando su viaje sagrado, y dice:

—Yo, Lum Hué, que llevo el número cuatro en mi elemento, el cuatro que es sagrado porque indica la

división del universo, el descanso, la lluvia, el tiempo de brotes y de abundancia, también las divisiones de la gente en la tierra y el sol que está en la noche. Tengo la fuerza de una laguna escondida entre otras dos y por eso mi elemento es el agua.

»Hace catorce años que estoy en esta tierra fértil y en este día seré machi.

»A partir de ahora vivirás en mí, Ngenechen, porque me has elegido. No soy machi por mi propia decisión, sino porque me has llamado. Dicen que cabalgas un hermoso caballo y estás rodeado de animales, dame a mí también animales en recompensa por mi labor.

»Seré machi perfecta. No llamaré a los espíritus oscuros, no podrán decir que hago brujería porque seré machi buena y sanaré a los enfermos y la gente dirá ahora ya no moriremos.

La india mestiza sigue bailando y cantando. Comienza a alzar la voz y el tambor de la machi vieja se vuelve más intenso. El cuerpo de la joven se curva. Está llegando al éxtasis espiritual. Se dobla cruzando los brazos sobre su pecho y salta.

La gente hace exclamaciones, gritan y se acercan a ella. Todos quieren tocarla. Dos hombres la alzan en brazos y la depositan nuevamente en el lecho.

Allí, la machi cubre a la muchacha con paja y la deja dormir el sueño donde los espíritus la visitarán para que pueda morir la joven india y nacer la machi.

El grupo ha traído un carnero que degüellan en sacrificio. La machi ve la sangre manar, bajo el resplandor del fuego, y una serie de imágenes se le presentan en su cabeza, cosas que la hacen estremecerse y perder el equilibrio. Ve un rehue quemado. Unas manos tirando una rama de foike. Una yegua perdida. Muerte. Los ojos se le ponen blancos y escucha que el viento le está gritando en los oídos. Le habla de su discípula. Le enseña su destino y no hay nada que ella pueda hacer.

Tiene miedo. Una mujer le pregunta qué ha visto. La machi la mira con dolor y niega con la cabeza. No puede decirle, no tiene sentido. La vieja machi está apoyada en el brazo de la mujer, ésta le dice que no se preocupe por nada, que la ceremonia ha sido un éxito y seguirán la fiesta en la mañana. La machi le contesta que no, que los espíritus le han enviado un mensaje. Entonces se suelta del brazo de la mujer, alza las manos y pide a todos que la escuchen.

La gente se acerca y la anciana les dice que ha recibido instrucciones del otro mundo. Deben dejar a la neófita sola. Hay otras fuerzas que se ocuparán de ella y no son ellos los que deben interferir esta vez. Les dice que ahora tienen que irse de vuelta a sus casas y esperar. Cuando llegue la mañana sabrán cuál es el designo de Ngenechen, eso es lo más importante y ninguno debe desobedecer.

Los hombres y mujeres se miran desconcertados, no es esa la costumbre. Deberían seguir festejando y

hacer sus ofrendas. Es una gran decepción. Pero la machi se muestra inflexible y todos la respetan demasiado para insistir. Lentamente recogen sus cosas y se encaminan de vuelta a la toldería.

La machi se acerca a la joven que descansa en un profundo sopor y pasa sus manos en el aire sobre su cabeza y su pecho susurrando una oración. Luego se agacha y la besa la frente. Se demora un poco más. Le cuesta dejarla y, como quien cumple con un deber que le es impuesto, la machi respira hondo. Se levanta y se va.

Aún no amaneció en la toldería. La vieja machi está dentro de su casa hecha de cañas de totora, varillas de colihue y cueros. Está haciendo arder un pequeño fuego. Por encima de éste, hacia un costado, hay algunas varas de donde cuelgan las mazorcas. Se ven decenas de vasijas de barro y vasos hechos de cuerno de carnero. En diversos ángulos, hierbas que cuelgan para secarse, y en el suelo un cuero de oveja con la piedra para moler el trigo tostado. Hay cigarrillos comprados a los blancos en la frontera. Platos y cucharas de madera. Trozos de rocas de variados colores y formas, y otros objetos que se desdibujan en la totalidad del toldo.

—Permite Ngenechen que pueda ver más allá —invoca la machi—. Ella necesita instrucción en la soledad para que el gualicho y la gente mala no la señalen más, siente en su cuerpo y su cabeza una luz celeste que brota de todo su ser y aunque la mayoría de nuestra gente no puede verlo, algunos pocos de más valía, sí. Esta muchacha vino a mí y fue como si el techo de

mi ruca se hubiera levantado de repente. Le dije al cacique que aunque en una parte de sus venas corriera sangre huinca, es nuestra. Ella tiene una mirada que puede ver a través de la tierra y lejos en el cielo, es valiente, ama la música y los animales y ha aprendido con rapidez cuáles son las plantas medicinales.

»Ngenechen, me la encomendaste diciéndome: “Dale su nueva identidad según nuestro mandato sagrado, dale nuestras palabras para que sean tuyas”.

»Fue allí que le puse el nombre de Lum Hué.

La vieja machi está perdida en sus pensamientos, mientras aplasta en el mortero ají con semilla de cilantro y orégano. Prepara un pedazo de carne para asar cuando escucha un revuelo. La anciana se detiene en lo que está haciendo y se asoma.

—Ya está ocurriendo —dice con voz grave.

Un hombre da la señal de alarma. Los soldados se avecinan.

El recuerdo en el trance

Lum y su madre están bañándose en el río. La niña acaba de escupir un pececito y la madre ríe.

Fén se levanta de golpe porque ve llegar al blanco. Éste le hace una señal para que salga del agua y ella obedece.

Lum los mira desde el río. Está en cuclillas para que el agua le llegue hasta el mentón. Hunde un poco la cabeza, sopla y ve que se forman burbujas.

Su madre comienza a levantar la voz. Habla en la lengua de su padre.

Lum no entiende de qué se trata la conversación. Teme que él vuelva a golpearla y eso la hace temblar.

El padre obliga a su madre a que se arrodille frente a él. Ella lucha con los brazos e intenta levantarse. Él vuelve a empujarla y ella cae de rodillas. El hombre tiene la cara desencajada. Desenvaina su sable, la agarra de los pelos y con un movimiento diestro le corta la cabeza.

Cuando la suelta, la cabeza cae y rueda por el suelo, como una pelota de trapo hasta llegar a la orilla del río.

Lum lo ve acercarse al agua. Ella está en el medio del cauce. Quieta. Muda. Su padre lava la hoja de acero, sabe que ella lo mira. Luego, mete el sable en su vaina y da media vuelta. Camina hasta donde tenía atado su caballo, monta y se va definitivamente.

Un hilo de sangre se acerca hasta ella desde la otra orilla. Lum se incorpora de golpe. Corre. Toma la cabeza de su madre entre sus manos e intenta unirla al cuerpo, pero se le resbala. Recoge la cabeza nuevamente y empieza a gritar, llorando se abraza a ella y se queda ahí tendida.

La quema

La niebla oculta algo a la distancia. Se escucha un tropel, relinchos de caballos. Suena un cuerno de carnero.

No hay tiempo. Los jinetes caen sobre la toldería avanzando en avalancha. Patas de caballos se entretrepan con cacharros, rápido pisotean todo. La gente de los toldos corre inútilmente buscando salvarse del poder de los fusiles. Gritos. Voces metálicas. Polvo. Soldados de frontera ojerosos y sucios se echan sobre los indios como hienas. Manos, brazos abiertos reventando en una nube de fragmentos.

El vigía de la tribu salta sobre uno de los caballos enemigos esgrimiendo su lanza y tumba al soldado que lo monta, dejándolo empalado en el suelo. El triunfo es ínfimo. Las balas escapan en todas direcciones y enseguida una impacta en la espalda del indio.

Una mujer toma una olla de barro llena de grasa hirviendo y se defiende tirándosela a la cara a un oficial. Sus hijos se esconden detrás de ella. Otro soldado le da un tiro en la frente y se encarga de que los niños no sobrevivan a su madre.

Una lanza silba atravesando el viento, pero su trayectoria se pierde en la batalla que está casi ganada.

Hay un indio con una chaqueta azul y un fusil en la mano. Dispara, y hay otro indio muerto.

La machi está parada fuera de su casa haciendo sonar el cultrúm, invoca a los espíritus. Al indio soldado le parece que la machi lo mira, aunque ella tenga la mirada perdida en un punto fijo. El indio está inquieto en medio de la matanza.

Un uniformado le golpea la cabeza con la culata a un viejo. El hombre se dobla, sangre resbala por sus mejillas. El agresor saca el seguro de su arma, aprieta el gatillo. El viejo sigue de rodillas. No hay balas. El soldado llama a otro que está cerca, éste le pasa unos cartuchos y no espera a que su compañero cargue.

Un disparo suena, y otro y otro y otro.

La machi tiene una herida de bala en un costado del torso y se desploma.

A media mañana ya arden los toldos. El fuego proyecta una luz intensa sobre la tierra seca. Bajo esa lumbre se recorta la sombra de una carreta en la que parte el grueso de la tropa, los hombres a caballo, las ovejas y las cautivas.

Entre el resuello de los animales y el golpear de los cascos, un hombre trata con todas sus fuerzas de respirar. Tiene una lanza atravesándole el pecho y las manos hinchadas por el dolor y el veneno. Lleva el uniforme del ejército y su cuerpo se agita en espasmos hasta que deja de moverse.

Hay otros cinco hombres a su alrededor.

El teniente observa la muerte del coronel dando pitadas a un pequeño cigarro. Deus, el fotógrafo, prepara placa tras placa con excitación. Ancatril, sentado, reza. Carranza limpia su fusil sin prestar atención a la escena. Rufino está aburrido.

El teniente apaga el cigarro bajo la punta de su bota,

Descanse en paz Ordóñez.

Se inclina sobre el coronel muerto, le cierra los párpados, desabrocha las medallas prendidas a su chaqueta y las prende a la suya.

Carranza mira de reojo al teniente.

—Mierda, cómo pega el sol. En pocas horas este lugar va a apestar más que el matadero y ya es un hervidero de moscas.

Rufino ignora el comentario de Carranza.

—¿Qué vamos a hacer con el cuerpo teniente?

—Entiérrelo.

Rufino cava en la parte más blanda del terreno. Hurga entre las ropas de Ordóñez buscándole ese cuchillo con mango de plata y una piedra color granate, grabadas las iniciales *J.M.R.* El coronel siempre lo andaba ostentando y alardeaba de su valor incalculable, pero el muerto no lo tiene por ninguna parte. Alguien se lo llevó. El mismo cretino que ha olvidado llevarse el reloj de oro que Rufino guarda dentro del forro de su chaqueta.

El fotógrafo recorre el campo buscando a alguien que valga la pena fotografiar. Encuentra a la vieja machi, se detiene y la observa. Le llama la atención que los adornos sobre su pecho parezcan moverse acompasadamente. Aún respira.

El soldado que se llama Carranza se acerca, patea el cuerpo con su bota y desenfunda un cuchillo. El fotógrafo observa con fascinación,

—Espere Carranza, voy a buscar mi equipo.

Deus trae el cajón con su máquina fotográfica. La prepara frente a la escena, coloca una placa y le da indicaciones al soldado,

—Hágalo lentamente porque debo exponerla por algunos segundos.

El sargento se inclina y clava el cuchillo despacio en el pecho de la mujer, lo deja allí y se queda en pose sonriente hasta que el fotógrafo le dice que lo saque.

El indio vestido de azul observa desde unos metros de distancia; algunas lágrimas se disimulan con el sudor.

El teniente ve el cultrúm, está tirado cerca del cuerpo de la machi.

—Esto merece ser pieza de museo, no es un tambor cualquiera, comenta.

Si no hubiesen sido tan carniceros, acusa a Deus y Carranza, hasta la vieja hubiese podido adornar el Museo de Ciencias Naturales y el Perito Moreno habría estado contento.

El teniente toma el tambor, lo sacude para sacar el polvo y lo hace sonar.

—Suena lindo —dice, y se lo lleva.

Lum ve en un sueño que el rehue está en llamas. Unos cuervos grises lo han incendiado con fuego que trajeron en sus picos. Todos en la toldería intentan apagarlo pero nadie logra acercarse a él. Alguna suerte de espíritu maligno lo impide. Niños, ancianos y jóvenes se arrodillan en una ronda alrededor del tótem que se está quemando. Los más pequeños lloran. De pronto, uno de los cuervos crece. Se transforma en una yegua flaca que galopa arrastrando un cadáver. Lum necesita verle la cara pero no alcanza y despierta.

Abre los ojos. Siente que algo le roza sobre la paja, ha vuelto en sí. Trata de salir de su sueño y ve tordos que revolotean sobre su cabeza. Intenta espantarlos, pero está débil y mareada. Gira sobre sí misma y vomita.

Después, se limpia la boca con la palma de la mano. Se levanta tambaleante, dolorida, y mira su cuerpo raspado. La paja está pegada en la piel fresca.

Lum bebe un trago de chicha de una vasija, aún en estado febril y toma el camino de vuelta a la toldería.

Ella piensa que una vez que regrese y cuente el resultado de su viaje iniciático, va a poder curar enfermos y guiar a los muertos. Se volverá indispensable y toda la gente que la vio rara, finalmente va a aceptarla. Ella demostrará lo que puede hacer y aunque le cueste un gran esfuerzo, piensa que lo va a lograr. Es cuestión de tiempo.

Camina despacio. Ve un huevo de avestruz que resalta en el verde. Lum se acerca y apenas lo agarra se da cuenta de que está cuarteado como la tierra seca. Se le rompe entre los dedos.

Los soldados han hecho un fogón.

—Carranza, vaya con Ancatril a carnear una yegua para comer.

—Por qué tengo que ir yo con ése —replica el soldado.

Ancatril mira al teniente dando a entender que tampoco le gusta la compañía de Carranza.

—Hasta esto tengo que escuchar. ¡Rufino, ayude a Ancatril a carnear una yegua así comemos de una vez!

Rufino y Ancatril enlazan un animal y lo atan a un árbol.

Lo amarran por las patas y una vez que lo dominan, lo tumban al suelo.

Con el cuchillo Ancatril le hace un tajo profundo en el vientre donde pasan las arterias, un chorro de sangre sale a borbotones. La yegua relincha y se da vuelta para morderlo. Entonces Rufino le sujeta la cabeza mientras el indio le ata la mandíbula con un lazo.

Ancatril aprieta con sus manos la herida para apurar el sangrado y que el animal muera más rápido.

Después viene el trabajo meticulado de despellejarla y trozarla. Cuando terminan la faena, van al pozo de agua y se lavan.

Ancatril dice que hay que esperar un rato para que la carne esté tierna, pero Rufino lo apura.

El indio sala los trozos, los mete en una olla con agua y los hierve al fuego para hacer el puchero.

Corta la carne y murmura,

—¡Oh!, *chachai, vita uentru, reyne mapo, frenean votrey, fille, enteu, come que hiloto, come que ptoco, come que amaotu.*

*Pavre laga inche, ¿Hito to elaemy? Téfa quinie vusa hilo, hiloto tu fiñay.**

Los hombres se sientan alrededor del brasero, miran el fuego como parte del silencio y comen. Mastican. Sorben la grasa. Desmedran el tuétano.

Después se quedan tumbados, ahítos, sacándose la carne que les ha quedado entre los dientes.

* ¡Oh!, Padre/ grande hombre rey de esta tierra/ dame la gracia, querido amigo, todos los días/ de buen sustento, de buen agua y de buen sueño. / Yo soy pobre/ ¿Tienes hambre?/ Toma una pobre comida/come si quieres.

Ancatril se levanta para traer el mate, la mula lo espera cabeceando y él le palmea las ancas. Desata una bolsa de cuero llena de agua que la mula lleva cargada.

Los animales abreven en un charco y los hombres también beben. El sol pega fuerte, aunque a lo lejos nubes de plomo se distinguen en el camino y el horizonte parece una cuerda tendida sobre el llano. Deus mide a zancadas el terreno y dibuja con lápiz sobre un plano.

El olor de los cuerpos quemados se mezcla con el olor del puchero.

El cardal se mueve con el viento que trae el norte. Los cuerpos puestos unos sobre otros forman pircas y tordos sin plumas picotean entre los huecos de un cuello o de un brazo caído. Las brasas crepitan. Una sabandija de las cortaderas se escabulle entre el matorral y el aire es cada vez más espeso.

Rufino hace gala de valiente y cuenta:

—Estábamos preparados, con los fusiles listos esperando el ataque. Los indios habían subido a la loma desde donde podían vernos bien. Se encontraron un

pelotón a caballo que los esperaba sin hacer fuego todavía. Nos quedamos inmóviles, atentos a los salvajes que amagaban por un lado y por otro. Avanzaban a pie. Teníamos órdenes de no disparar hasta que fuera seguro el tiro. Los dejamos seguir hasta unos cincuenta pasos de donde estábamos, entonces descargamos nuestra artillería.

»Los que avanzaban a pie retrocedieron procurando cubrirse entre ñires y espinillos. Los de a caballo rápidamente quemaron el campo, mientras las llamas crecían empujadas por el viento a favor y nos vimos obligados a cambiar de posición.

»El fuego llegó a abrasar la cara y el cuerpo de algunos de los nuestros. Los indios aprovecharon para cargar de nuevo con las boleadoras. Sufrimos bajas. No voy a olvidar a un soldado que recibió la bola en el cráneo y cayó muerto como por un rayo. Me acuerdo que agarré el puñal con furia, y ahí nomás atrapé a uno y le busqué el corazón. El salvaje me miró con frío en las entrañas; era el capitanejo. No dudé, lo ensarté con la hoja y en ese momento una columna con refuerzos del fortín se entreveró en la batalla. Nuestros huracanes de acero los persiguieron, los acosaron y los sablearon. Sólo algunos huyeron.

—Se está poniendo feo —dice Ancatril. Es hora de irse.

El escuadrón avanza dejando atrás lo que era la toltería. Se dirigen hacia el oeste.

Tres caldenes centenarios sobreviven al fuego.

Lum levanta la cabeza, olfatea, hay un olor que le da náuseas. Mira al cielo y todo da vueltas a su alrededor.

Habla consigo misma diciendo cosas indescifrables. Da un paso y sigue dando un paso después del otro en zigzag hasta llegar al pie de lo que era la toldería. Ese campo que ahora está cubierto por una cáscara negra.

Lum camina entre los despojos de la masacre, se refriega los ojos.

«Ngenechen, ¿eres el que pones éstas imágenes delante de mis ojos? ¿Aún estoy soñando?»

Le parece reconocer algunos rostros entre los cuerpos y un poco más adelante alcanza a ver el poncho de la machi. Al principio Lum se paraliza y cuando reacciona grita. Corre hasta llegar al lado de su maestra, se abraza a su cuerpo y llora.

Queda allí tendida sin fuerzas un rato largo. Con su cara apoyada en la mejilla de la machi se da cuenta de que hay algo que debe hacer.

Se pone de pie y dice:

—Yo soy machi ahora, debo cumplir con el rito, debo guiar a los espíritus de los muertos. El cultrúm...

Lum busca el tambor por todos lados pero no está allí.

Vencida, cae de rodillas con las manos en el suelo. La mirada perdida en la muerte. Se llena las manos de cenizas y se frota la cara para teñirse de gris. Es lo que hacen los chamanes para adquirir el resplandor de los espectros, para ser uno de ellos.

